

LOS COLEGIALES DEL ROSARIO

EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XIX

El cúmulo de recuerdos más o menos determinados que de nuestra primera edad conservamos es, por una rara anomalía, fuente de dulces fruiciones, como también de cierta apacible melancolía que nos hace suspirar cuando los evocamos en el silencio de nuestros íntimos soliloquios. El que ha viajado y el que ha envejecido ocurren con frecuencia a esa fuente, cuya agua es dulce y amarga, turbia y cristalina, bulliciosa y tranquila, y de ella viven principalmente ese anciano y ese viajero, que miran el presente de ordinario desapacible y el porvenir incierto y nebuloso.

De todos esos recuerdos los más vivos y quizá los más agradables, son los de la época de los estudios y los compañeros de colegio. En esa época feliz es cuando comienzan a sentirse las primeras expansiones de un corazón ya robusto, y aparecen los primeros brotes de ese noble sentimiento de la amistad, precursor de otros más tiernos de distinto género; comienza entonces el hombre a conocerse y a medirse a sí mismo, comparándose con los demás; lucen los tempranos albores de su inteligencia, y se experimentan los síntomas de la ambición juvenil, que anuncian lo que será más tarde el hombre ya formado en sus diferentes condiciones.

Estas reflexiones he hecho con frecuencia al acordarme de mis años de colegio, sintiendo entonces solamente que mi memoria, que en las aulas fue feliz para aprender las más largas lecciones, haya sido después tan flaca para conservar los nombres y fisonomías de mis condiscípulos. Los años han hecho en mi memoria el efecto del papel absorbente: han arrebatado esos recuerdos frescos y palpitantes que otros, más felices, conservan aún en sus últimos años, y con las circunstancias más insignificantes; y sólo me han dejado indeci-

sas y obscuras sombras, vagas reminiscencias de aquellos tiempos dichosos.

Pero algo de todo eso queda, y cuando repaso la historia de mi juventud desfilan por delante de mí las figuras simpáticas de Pedro F. Madrid, Luciano Jaramillo, Ricardo de la Parra, Toribio Malo, Rafael Giraldo, Gabino Liévano, Joaquín González, Nazario Valenzuela, Adriano Calderón y otros que excuso nombrar. ¡Cuántos de éstos han desaparecido de la tierra! Sus nombres están escritos en mi corazón como lo estarán sin duda en las tumbas donde reposan, y no falta para ellos en mi memoria una flor que se renueva con frecuencia!

No há muchos años que Madrid me recordaba en una carta suya nuestros paseos por los anchurosos claustros del Colegio del Rosario, ya repitiendo nuestra lección, ya departiendo sabrosamente, y alguna vez meditando en la suerte de los hombres ilustres que nos habían precedido en años y aun en siglos pasados, en aquel distinguido y espléndido Colegio, donde se formaron tantos patricios eminentes por su ciencias, virtudes y amor a la patria. Sobre sus huellas vamos andando, decía Madrid; por aquí mismo, sobre estas losas, pasaron y repusieron ellos también una y mil veces; aquí se posaron sus pies y en estas galerías resonó su voz. De aquí salieron varios de ellos para el patíbulo, después de haber estado presos en este mismo edificio, en castigo de su amor al suelo que los vio nacer.

Madrid, con su amable gravedad, era respetado por todos nosotros; con él no había chanzas ni juegos inconsiderados; su claro talento y fino criterio lo hacían una especie de oráculo del Colegio, y desde entonces en su modo de ser se veía el embrión del diplomático y del hombre de Estado. Todos le amábamos por su bondad y cortesanía, no obstante la habitual severidad y reserva de su carácter.

Ricardo de la Parra, cabeza volcánica, dotado de alta inteligencia, insaciable devorador de libros, filósofo

fo y pensador desde su tierna edad, nos divertía con las excentricidades y extravagancias de su ingenuo carácter, y nos daba placer su afluente verbosidad.

Toribio Malo, a quien no volví a ver desde que dejó las aulas, era nuestra desesperación en la clase de matemáticas; para su clara inteligencia no había dificultad alguna en el más complicado cálculo o intrincado problema de álgebra y trigonometría. En esto no hacía gracia alguna nuestro entendido condiscípulo, porque ese talento era patrimonio de familia, y herencia forzosa que no habría podido renunciar, ni aun con beneficio de inventario.

Joaquín González, distinguido estudiante, no era menos inteligente, y su carrera como abogado así lo acreditó durante muchos años; su carácter enérgico, y al mismo tiempo amable y comunicativo, constituía en él un tipo especial entre los tomistas.

Liévano, lucido siempre en las clases y en los exámenes, era de clara y despejada inteligencia, pundonoso en el cumplimiento de sus deberes, fino y leal amigo.

Valenzuela, incansable para estudiar y para pasearse en los claustros, siempre aceleradamente, comentaba, y aun disputaba a solas con los autores que le servían de textos. Adusto en la apariencia, era moderado y caballero cumplido en todas las cosas; como Madrid y como Parra, detestaba la frivolidad y el ligero espíritu estudiantil.

Dije que estos nombres están grabados en mi corazón como lo estarán en las tumbas donde yacen los que las tuvieron; pero, ¿dónde fue sepultado Giraldo? Víctima desgraciada de nuestras guerras civiles, sus restos, tal vez confundidos con los de otros muchos conciudadanos suyos, revueltos en una común fosa, quedaron acaso tirados en el campo donde selló con su sangre la defensa de la buena causa, sin que mano amiga haya podido trazar una docena de toscos caracteres (a lo menos que yo sepa). Yo amaba a Giraldo, y aunque de mu-

cha más edad que yo, como casi todos los que he nombrado, simpatiqué con él desde que lo conocí y nos tratábamos como iguales.

Andrés María Pardo... ¡Cuánto daría por no tener que agregar aquí el nombre querido de este amigo de mi infancia y mi compañero inseparable en aquellos días risueños que son como una continuada aurora de paz y de felicidad, y en que el corazón se abre al sol de secretas esperanzas, de que él mismo no se da cuenta, como una flor no profanada aún por los feos moscardones, ni por las caricias de lindas mariposas! Andrés, el encanto de todos sus amigos en la juventud, por su festivo y bullicioso carácter y su inocente charla, donosa y espiritual; el eminente médico en la edad madura, el hombre benéfico y caritativo, cuyo incontinente prurito de aliviar al necesitado lo hacía uno de los hombres más queridos en nuestra sociedad; de quien puede decirse que a imitación del dulce maestro pasó haciendo el bien a todos, sin distinción de edades, condiciones sociales, ni colores políticos!... El me había anunciado su próxima muerte varias veces, pero yo no quería creerlo, ni lo creería todavía si su tenaz ausencia y las lágrimas que en este momento derraman su amante familia y centenares de personas de todas clases no me persuadiesen de que su separación de nosotros es ya eterna!

Pero entre todos los estudiantes de facultad mayor que concurríamos con justo orgullo a las aulas del esclarecido y venerable Colegio, bajo la dirección de sabios profesores como Castillo Rada, Sotomayor, Estanislao Vergara, Rafael Alvarez Lozano, M. de Mendoza y otros, había uno por quien tenía especial predilección, y con quien solía pasar mis ratos de ocio, que por cierto eran los menos, pues estudiábamos casi todo el día. Era de condición humilde, aunque su porte y fisonomía revelaban un origen distinguido; modesto y afable, de arregladas e inocentes costumbres, talentoso

y espiritual, y en fin, dotado de aquel misterioso atractivo que une a ciertas almas, y que hasta ahora no ha podido explicar la ciencia humana; relaciones secretas que resisten a todos los reactivos de los químicos y a los escalpelos y bisturíes de los médicos y cirujanos.

A estas circunstancias se agregaba un motivo más de simpatía, extraño por cierto y baladí; ¡pero cuánto no puede a veces sobre la imaginación una sola palabra, la cosa más insignificante! Se llamaba Leonel Monsalve, y éste era el nombre para mí poético y sonoro de uno de mis antepasados, tal vez el primero de mi apellido que vino a nuestro país: Leonel Beltrán y Caicedo.

JOSÉ CAICEDO ROJAS

(*La espada de los Monsalves*).

EN UNA VELADA ÍNTIMA

Señor Rector:

Es para mí muy honrosa la designación que mis compañeros han hecho. Ellos y yo os dedicamos con todo cariño esta velada familiar, y hacemos a Dios votos por que os conserve la vida muchos años para bien de la patria, y al frente de este Colegio para honra de la juventud.

En otras ocasiones y con idéntico motivo os han saludado en esta sala hombres eminentes de nuestro profesorado, adalides del saber, príncipes de la ciencia. Hoy veis aquí un pequeño grupo de vuestros discípulos actuales, que viene conmigo a presentaros ese mismo saludo, menor tal vez que los anteriores en su valer extrínseco, pero igual por lo menos, si nó mayor, en su sinceridad, porque varios de los que os hablamos en esta noche, estamos ya prontos a abandonar para siempre el Colegio, y a la hora de partir desaparece todo artificio de la forma y el corazón impera.